EN LA CRIPTA DEL JARDIN

por José León Cano

autor de «LA CABEZA DE MAMA», «EL RUBI DE LOS SIETE ANILLOS», «HOTEL AMSTERDAM, HABITACION 231», «LA HERENCIA DEL CONDENADO», «VAMPIRO», «LA VENGANZA DE ZANASETH» y «LA PROTEGIDA DE ZIYAGH»

No había, aparentemente, motivo alguno para preocuparse, ningún signo concreto que pudiera inspirar temor. Pero la angustia crecía poco a poco en mi pecho, aceleraba los latidos del corazón y los pulsos, bien a mi pesar, comenzaban a repicar en el campanario de mi garganta. Con gran dificultad soportaba esa angustia porque sabía que sus raíces se hundían en un plano incontrolable de la realidad. La experimentaba, al inhalar aquel ambiente tenebroso, como una insidiosa y multiforme garra que estuviera arañando mis pulmones. Yo era el primer ser humano que se había atrevido a penetrar en la cripta donde, cinco años atrás, había sido enterrado el conde de Crèvilles. Intuía que un secreto terrible se escondía detrás de su extraña muerte; y también presentía, de alguna oscura forma, que un hecho espantoso, revelador, fulminante, podía estar a punto de suceder.

Quise asumir esa angustia, enfrentándome al lacerante silencio del subterráneo, por las razones que luego aduciré. Estaba convencido de que, si lograba descubrir la causa de las anormalidades que se manifestaban en el castillo, tal vez descubriría igualmente el modo de neutralizarlas. Por eso me había decidido a realizar una experiencia de carácter psicofónico. Y ello, pese a que albergaba serias dudas sobre la efectividad de semejante método.

El magnetófono no reproducía, al principio, otra vibración que su propio ruido de fondo. Pero al ponerlo en marcha, y de la misma forma que actúa un reflejo condicionado, comenzó a funcionar en mi cerebro, alimentado por el helado fuego de la angustia, una especie de doloroso receptor extrasensorial. Fue así como escuché o creí escuchar (con los oídos del alma, si ello fuera posible) susurros incoherentes aunque de lúgubre significado. Ecos escalofriantes emitidos desde una esfera ajena al tiempo, pero tangente como el angustiante presente que estaba viviendo: como si una entidad real, aunque no perceptible con los sentidos, dictase directamente a mi masa encefálica su ominoso mensaje. Hubiera percibido con toda claridad ese mensaje si mi resolución fuera más firme y mi ánimo más templado. Pero la tensión y la repugnancia me hicieron considerarlo como un producto de mi descontrolada imaginación. Y quise creer, aunque no lo logré del todo, que así fuera en realidad.

Sobre la naturaleza de ese mensaje diré que eran sólo amagos de palabras: vocales arrastrándose penosamente como sobre un soporte de mármol. Palabras de ambigua consistencia a las que imagino (para dar una idea al lector de la índole de mis sensaciones) proferidas por una boca que, desprovista de la tibia caricia de sus propios labios, quisiera expresar las horrendas elucubraciones de un cráneo vacío... Tiemblo, tiemblo todavía al recordarlo, porque todavía está podrida la

huella que esos «sonidos» sin vibración dejaron en mi memoria. Dos vocales, la E y la I, resonando persistentemente en el interior de mi cabeza como sendos arañazos repetidos hasta el delirio. Adiviné que esas palabras habían sido pronunciadas en los imprecisos límites de la muerte; que resonaron (¿hasta cuándo?) en la mente de un hombre después de que su cuerpo hubiera dejado de respirar. Y también descubrí, por un efecto de resonancia psíquica, de qué modo experimenta el ser humano la muerte: como un incontenible y silencioso alarido que surge de nuestras propias entrañas.

Me estremecí, pese a que nada inquietante había escuchado todavía. Las pilas de la linterna empezaban a gastarse. En consecuencia, era cada vez más densa la oscuridad que me envolvía. Lo que hacía que me sintiera como un feto vivo sepultado en el vientre de un cadáver. La humedad que rezumaban las paredes de la angosta cripta, su aire enrarecido y mohoso, el penetrante olor a tierra descompuesta, contribuían a incrementar esa repulsiva impresión. Sentado sobre la frialdad de mármol que cubría el cadáver, una losa sin inscripción alguna, mi sobreexcitada atención, estaba pendiente al menor signo, ilusorio o real, de peligro.

Si otro sentimiento más fuerte no me lo hubiera impedido, con qué placer hubiera abandonado en esos momentos la cripta y el castillo, con que alegría habría huido de la espantosa atmósfera que subyugaba a sus habitantes. Maldije, una vez más, el generoso, aunque desgraciado impulso que me llevó hasta allí. Porque cerca, tan cerca que casi se convertía en una impresión cenestética, alguna entidad organizada, aunque impalpable, parecía estar reproduciendo para mí el el supremo horror de la agonía. Quise cerciorare de algo tan obvio como que me encontraba físicamente solo. Miré alrededor con ojos extraviados, sabiendo que mi soledad era nada más que física. Las sombras seguían espesándose por encima de la losa donde estaba apoyada la linterna, sobre las retorcidas formas que el salitre imprimía a los muros, y comenzaban a deslizarse bajo mis pies.

De pronto escuché, con insoportable lucidez, un ruido sordo, continuo, difuso, que no parecía proceder de ninguna dirección determinada. Tuve un fortísimo sobresalto e inmediatamente me levanté de la losa, dispuesto a escapar de aquella lúgubre trampa. Pero suspiré aliviado al advertir la causa. Era que arriba, en el exterior, comenzaba a llover violentamente. Como si la naturaleza se rebelase, furiosa, porque yo estuviera a punto de arrebatarle, con mi experimento, el más alucinante de sus secretos. Aunque apenas si llegaban hasta mí, a través de la tierra, apagados ecos de su ira.

Sobre la losa sepulcral, junto a la linterna, había colocado yo un sofisticado magnetófono japonés. Disponía de un micrófono de cuarzo de asombrosa sensibilidad y una cinta de una hora de duración. Lo había puesto en funcionamiento minutos antes de las siete de la tarde. Hora en que había muerto, al parecer, Antonie de la Fourcade, último conde de Crèvilles. Luego abandoné la cripta para que ninguna otra vibración sino las emanadas del recinto cerrado pudiesen grabarse en la cinta. En el caso, naturalmente, que tales vibraciones llegasen a producirse. Sobre semejante posibilidad, como he dicho al principio, albergaba serias dudas. A pesar de las cuales regresé para rebobinar la cinta pasadas las ocho. Es decir, cuando había finalizado con creces su recorrido. He de advertir que ese día, catorce de mayo, se cumplían exactamente cinco años desde que el conde, según se presumía, dejó de existir. ¿Dejó de existir...? Yo me encontraba solo, inmóvil, sentado frente al magnetófono, y de ningún modo quería plantearme esa pregunta. Pero sé positivamente que trataba de retener la

respiración mientras escuchaba el ruido de fondo del aparato y el triste susurro de la lluvia sobre mi cabeza.

Nada extraordinario sucedió de inmediato. Sin que cediera un ápice me inquietud (amplificada por el hecho de saber que fuera de la cripta «también» era ya noche cerrada), los ruidos combinados del macanismo y de la lluvia me provocaron un estado similar al trance hipnótico. Y recordé una a una, como si fueran las imágenes de una película, todas las circunstancias que me habían llevado hasta aquel maldito lugar.

Según los rumores que había logrado recoger, en el castillo de Crèvilles estaban ocurriendo inquietantes acontecimientos. La verde pujanza de mayo se mostraba en la comarca como una bendición, y el crecimiento de los pastos auguraba un año venturoso para los campesinos. Pero la vegetación del jardín que rodeaba al edificio se agostaba y secaba sin remedio. Y ello, pese a que no faltase el agua. De acuerdo con las noticias de mi informante, que había sido acogido por la hospitalidad de la condesa viuda, un aroma dulzón, levemente fétido, invadía las rancias estancias del castillo. Los criados habían huido en su mayor parte, asustados por lo que creían ruidos anormales, como de seres reptantes; ruidos que procedían, según murmuraban entre ellos, de la misma cripta del jardín donde estaba enterrado Antonie de la Fourcade. Fatigados por los siglos, pero también por la imperdonable incuria de sus moradores, los muros parecían a punto de desmoronarse. Los purulentos desconchados de la fachada incidían en el ambiente de desolación y abandono; y la sombra de un vago, pero palpable terror, recorría las macilentas estancias al atardecer y aumentaba en la oscuridad de rincones y pasillos al llegar la noche.

Todo aquello había afectado tanto a mi amigo que buscó un pretexto cualquiera para huir del castillo cuanto antes. Pero con estos datos que me proporcionaba tan poco tranquilizadores, lo eran mucho menos aquellos que hacían referencia, tanto al estado de Cécille de la Fourcade, su hija, como el de la propia condesa. Madeleine, en efecto, parecía haber limitado al mínimo indispensable los contactos con la realidad. Sus enfermizas inclinaciones al misticismo, manifestadas por primera vez a raíz de la muerte del conde, se habían exacerbado hasta el punto de afectar tanto a su equilibrio fisiológico como a la proverbial entereza de su carácter. Apenas comía, recluida casi por completo en sus habitaciones. Y durante la estancia de mi amigo había reducido, aunque sin traspasar las fronteras de la descortesía, sus deberes de anfitriona. Al parecer se pasaba la mayor parte del tiempo rezando, según se deducía del bisbiseo, los gemidos y las apagadas palabras que podía escuchar cualquiera que pasase, tanto de día como de noche, frente a la puerta de su dormitorio. Mi amigo la había visto enflaquecida hasta lo indecible, y en un estado de ánimo que oscilaba entre la desdeñosa indiferencia por la vida y un desasosiego tan angustioso que acababa trasluciéndose en miradas huidizas, en incontrolables gestos de espanto ante presencias que, por no manifestadas, cabría calificar de imaginarias.

En cuanto a Cécille, la hija de los condes, su apariencia hubiera despertado la compasión de las piedras. Comparando la descripción de mi amigo con la imagen que yo conservaba de ella (pues la había visto por última vez meses antes de la muerte de su padre), confieso que estuve a punto de que se me saltasen las lágrimas. Tenía, la última vez que la vi, diecisiete años; y lamenté yo no tener diez menos para enamorarla sin avergonzarme. Era uno de esos raros especímenes que muy de tarde en tarde produce la raza humana en su afán por acercarse a los dioses. La magia de sus ojos azules, del dulce dibujo de su boca, evocaban los

huidizos escorzos de un pintor prerafaelista. Su cuello me fascinaba de manera particular. Podría decirse que hería de amor, pues era esbelta como un búcaro y sus contornos participaban de esa cándida naturaleza que sólo puede encontrarse en los seres vegetales. Tenía los cabellos largos, rubios y suavemente ondulados. Mil veces había deseado yo hundir mis dedos en esa cascada. Pero, sobre todo, era la expresión de su semblante lo que con más fuerza atraía, y aún turbaba, a la mayoría de cuantos tuvimos la fortuna de conocerla en aquella época. Quien haya gozado de la placidez de la luna llena emergiendo de un mar en absoluta calma, sabrá qué sentimientos inspiraba aquel rostro armonioso, cálido y pacífico, donde la inocencia era transparente.

Según deduje de la descripción de mi amigo, esa paz había sido emponzoñada por una espantosa tormenta. Pero no pude constatarlo cuando, movido por la compasión a madre e hija, decidí que mi presencia en el castillo podría tal vez mitigar la morbosa melancolía de una y otra. Su madre me alegó que Cécille no estaba en condiciones de ver a nadie por encontrarse enferma, aunque sin especificarme que tipo de enfermedad padecía.

Fui recibido por la condesa con inesperada frialdad; lo que contrastaba con el gran aprecio que siempre me había profesado. Bien es verdad que desatendí mis deberes de amistad con los condes en los últimos tiempos, afanado quizás en exceso por ciertos negocios y especulaciones que me hicieron olvidar otros afectos. Pero no creía merecer yo semejante hielo de quien había sido, hasta su muerte, íntima amiga de mi madre.

Sin embargo, no me afectó tanto la desdeñosa frialdad de la condesa como comprobar hasta qué punto se acercaba a la verdad sobre cuanto de ella había dicho mi amigo. La vi delgada, macilenta, vestida de cualquier manera y con el lamentable aspecto de quien siente un desprecio hacia sí y hace extensivo ese desprecio hacia los demás. Observé algo tan inaudito en Madeleine como que sus uñas estaban sucias. Igualmente insólito en ella era que sus cabellos se encontraban revueltos, amén de encanecidos y despoblados hasta el punto de que se traslucía todo el contorno del cuero cráneo. Mi primera impresión, al ver la forma hierática con que bajaba las escaleras del salón, fue que tendría que vérmelas con su propio espectro: un triste aspecto carente de la elegancia y la dignidad que Madeleine había tenido en otros días. A través de sus ojeras desmesuradas descubrí por qué en el castillo reinaba el desorden y la suciedad.

Apenas crucé con ella unas palabras. Tras comunicarme la difusa noticia de la enfermedad de su hija me ofreció su hospitalidad sin calor alguno, advirtiéndome que podía hacer en el castillo cuanto quisiera salvo subir a las habitaciones del piso superior, donde se encontraba la enferma y la propia Madeleine. Me indicó que allí entregaba la mayor parte del tiempo a sus oraciones y que de ningún modo quería ser molestada. Podía, en cambio, disponer a mi antojo del resto del edificio, así como de los servicios de Pierre, el mayordomo. Yo retenía a duras penas en la boca multitud de preguntas, pero no pude formularle ninguna. Cuando quise hacerlo me cortó en seco:

–No quiero saber nada, nada... También yo estoy enferma. Moriré pronto... Eres un viejo amigo de la familia y debes considerarte en tu casa. Pero quiero estar sola. Te ruego que no nos importunes a mi hija ni a mí.

Su extraña actitud me dejó estupefacto. Ella lo advirtió y por toda respuesta dejó traslucir en el fondo de sus ojos inquietos un oscuro paisaje de horror y desolación. Tanto, que no me animé a explorar ese paisaje y bajé la mirada. Quizás esa pequeña cobardía hizo que mi persona dejara de suscitar en ella, de pronto, el

menor interés. O tal vez, acuciada por alguno de sus fantasmas interiores, no tuvo más remedio que entregarse a la fascinación del delirio. El caso es que sus ojos se nublaron, giraron en redondo con una mueca atroz, y, como hablando para sí misma, a media voz, creí entender que se dirigía a su difunto marido.

–Esta noche no... ¡No esta noche, Antonie...! ¿Hasta cuándo lo soportaré?... Romperé los lazos... ¡Te juro que romperé los lazos...!

Luego hizo la señal de la cruz varias veces, apresuradamente, y durante unos segundos se quedó mirando, con odio inmenso, a un punto indeterminado del salón, situado a mi izquierda. Antes de que me diera tiempo a reaccionar (aunque tampoco sabía cómo hacerlo) subió las escaleras desmañadamente, como un autómata que tuviera roto los resortes. Poco después Pierre y yo escuchábamos el ruido de la puerta del dormitorio de la condesa al cerrarse. El mayordomo, pálido y tieso como un palo, estaba acostumbrado, por deformación profesional, a no dejar traslucir el más leve indicio de sus sentimientos. Pero en aquella ocasión, y una vez que la condesa hubo desaparecido, vi como asomaba una gota en sus ojos enrojecidos.

–¡Perdóneme el señor! ¡Perdóneme...! Ya soy el único que queda en la casa. Tantos años a su servicio, y ahora... No puedo dejarlas solas. Mis sobrinos me escriben continuamente, diciéndome que vaya a vivir con ellos. ¡Si supieran lo que está pasando!

Le rogué que hablara en voz baja, por si la condesa o su hija pudieran oírle.

–Señor, le pido disculpas. Pero descuide que no nos oirán. ¡Ojalá pudieran oírnos! Están en otro mundo. ¡Le aseguro que están en otro mundo!

Le invité a salir conmigo al jardín, donde podríamos hablar con más libertad. El viaje me había fatigado, y a la tensión del mismo se unía la que me había dejado la escena con la condesa. Quizá debido a esa misma tensión, es espectáculo del jardín muerto me produjo el efecto de estar viviendo una pesadilla. Las ramas secas y retorcidas de los sauces parecían dedos agarrotados que quisieran apresar en el aire un último soplo de vida. Por el camino surgían multitud de raíces medio podridas que dificultaban el paso. Hasta el límite de las tapias no se divisaba el menor signo de vida vegetal o animal. Pera al otro lado se levantaba vigoroso un bosque de pinos. El sol iniciaba su descenso y podía escuchar la sonora alegría de sus habitantes. Ningún pájaro cruzaba, sin embargo, el cielo del jardín. Una pequeña gruta artificial, mandada a construir por el conde, daba paso a la cripta donde estaba enterrado. A su alrededor la desolación era, si cabe, mayor que en el resto de aquel terreno extrañamente baldío. Pese a que el cielo se encontraba despejado, sentía al respirar la misma opresión que precede a la tormenta.

Formulé atropelladamente a Pierre las preguntas que había querido dirigir a la condesa.

–Yo soy un hombre pobre, señor –me contestó–. Pero nada es normal aquí que murió el señor conde. Soy un pobre hombre, le digo, y no me atrevo a buscar una explicación. No me atrevo...

–Por el amor de Dios, Pierre. Dígame de una vez lo que está pasando.

–¡Si yo lo supiera...! Pero hay ruidos, voces que ponen los pelos de punta. Antes de morir, el señor conde hacía uno experimento muy raros. No me he atrevido a pasar su laboratorio desde que murió, señor. Pero si quiere, puedo dejarle la llave. Allí están las cosas más extrañas que se pueda imaginar. Algunas noches parece que arañasen las paredes. Otras escucho lamentos y crujidos... Puede estar seguro el señor de que no creo en fantasmas. Pero he puesto un cerrojo en la puerta de mi cuarto. Y una imagen de la Virgen a los pies de mi cama. Le juro que me iría

ahora mismo, como tantas veces me piden mis sobrinos. Pero, ¿cómo dejarlas solas? ¿Qué harían estas pobres mujeres sin mí?

–Me decía que no se atrevía a buscar una explicación...

–¿Qué le puede decir un pobre viejo como yo? No sé por qué razón, pero los condes, en los últimos tiempos, se odiaban. Se odiaban a muerte... El señor conde dormía allí mismo, en su laboratorio. Y no le dirigía la palabra a la señora condesa en todo el día. Ya sé que no debería decirle estas cosas, señor, que mi deber sería guardar silencio. Pero quizás estas confidencias le sirvan para ayudar a la pobre Cécille.

–¿Qué le ocurre a Cécille?

Antes de dar su respuesta, el viejo mayordomo exhaló un hondo suspiro. Vi cómo de nuevo sus ojos enrojecían.

–El señor ha visto en qué estado se encuentra su madre, la señora condesa. Yo creo, y espero que le señor sabrá perdonarme por lo que digo, que la señora condesa se está volviendo...

–Sí, Pierre, se está volviendo loca; dígalo sin miedo.

–Es usted quien lo ha dicho. Pero es una locura lo que hace con su hija. Hace más de un mes que no veo a la señorita Cécille. Todos los días dejo preparada la comida de las dos a los pies de la escalera. la señora condesa recoge y sube la bandeja. Tampoco a mí me permite subir, señor. Cualquiera podría decir... Y no soy yo quien lo dice, señor, lo podría decir cualquiera... Que la tiene secuestrada. Como si quisiera protegerla... Le ruego al señor que no me pregunte nada más. Creo que estoy hablando demasiado...

Parecía haberse asustado de sus propias palabras, y nada más le pregunté. Cuando regresamos al castillo le pedí la llave del «laboratorio», como llamaba Pierre a aquel cuarto desordenado. Había, en efecto, una estantería repleta de potingues y recipientes de vidrio. Abrí uno de ellos, al azar. Contenía un líquido negruzco, de hedor repugnante. Abrí otro que olía todavía peor. Mis conocimientos de química son limitados, pero no lo bastante como para no poder identificar un laboratorio convencional. Y ese no lo era de modo alguno, sino que recordaba al gabinete medieval de un alquimista. Había también un gran número de viejos libros en cuyas tapas apergaminadas se acumulaba el polvo. La mayoría de ellos estaban escritos en latín, hebreo y sánscrito. Por lo poco que pude descifrar y, sobre todo, por los escalofriantes grabados que ilustraban algunos volúmenes, deduje cuál sería el tema que en ellos se trataba. Magia negra, sin duda.

Me sorprendió que el conde hubiera dedicado los últimos años de su vida (por lo que cabría deducir de aquel gabinete) a la nigromancia. Jamás lo hubiera sospechado de un hombre de cultura enciclopédica que se jactaba, además, de participar en las inquietudes del mundo contemporáneo. Sí recordaba, sin embargo, que el miedo a la muerte constituía una de sus más angustiosas obsesiones. Jamás consentía que se hablase de ese tema en su presencia. Sospeché por ello que las morbosas aficiones que delataba aquel gabinete le sobrevinieron cuando se enteró que padecía una enfermedad incurable y que su fin estaba próximo. En el reducido cuartucho había también una cama turca. A la cabecera, sobre una mesita de noche, se encontraba una fotografía de Cécille, cuya dulce sonrisa contrastaba vivamente con el ambiente enfermizo y malévolo que se respiraba en aquella habitación.

Pierre me confió posteriormente que Antonie de la Fourcade murió en esa cama, y que su muerte fue desacostumbrada y extraña. Después de haber sostenido una

violenta discusión con la condesa, al parecer motivadas por ciertas discrepancias acerca de la educación de su hija, se encerró en su «laboratorio» con los ojos chispeantes de ira. Antes de hacerlo, sin embargo, habló con el mayordomo en los siguientes términos:

–Voy a emprender un viaje, Pierre. Cuida de mi hija, defiéndela de esa mala bestia, no dejes que su madre le contagie su locura. Y prométeme que, pase lo que pase, no abandonarás el castillo mientras Cécille esté en él.

Minutos después, mientras la condesa y su hija permanecían en las habitaciones superiores, en mayordomo se acercó con sigilo a la puerta del laboratorio. La agitación del conde era evidente. Escuchó sus frenéticas zancadas, sus invocaciones incomprensibles, el entrechocar de vasijas de cristal y el gorgoteo de un líquido en ebullición. Luego, la voz entrecortada del conde, el apagado tono con que repetía, hasta convertirla en un débil susurro, una sola palabra:

–Cécille, Cécille...

Aquello ocurrió entre las siete y las ocho de la tarde. Al día siguiente, y en vista de que el conde no daba señales de vida, tuvieron que derribar la puerta. El cuerpo yacía sobre la cama turca en posición fetal, con los ojos cerrados. Pierre pudo observar la extraordinaria circunstancia de que su mandíbula, al contrario de lo que ocurre con todos los cuerpos visitados por la muerte, no estuviera caída.

Apenas si pude yo dormir aquella noche. Sabía que Cécille se encontraba a escasos metros de mi cabeza, en el dormitorio del piso superior, y me atormentaba el deseo de comprobar cuál era en realidad su estado. Tentado estuve, mientras duró el insomnio, de burlar la prohibición de la condesa y subir aquellas malditas escaleras. Estuve atento al menor ruido, pero nada escuché. Cuando el cansancio pudo más que mi voluntad de permanecer alerta, me sumí en un sueño ligero visitado por tortuosas pesadillas. Poco antes de que clarease el alba del mismo día en que cinco años atrás murió Antonie de la Fourcade, golpearon imperiosamente a mi puerta. Salté de la cama, con todo el sobresalto que cabe imaginar, y encendí la luz. Al abrir me encontré a un Pierre pálido y sudoroso, presa de una terrible agitación.

–¡Déjeme pasar señor, por el amor de Dios! ¡Está ocurriendo algo espantoso! ¡Me estoy ahogando! Es... O mejor venga conmigo. Mejor es que subamos al piso de arriba. ¡Inmediatamente!

Mientras subíamos escuché una especie de gruñido, procedente del dormitorio de la condesa, que me puso los pelos de punta. Frente a su puerta escuchamos también un alarido que nos cortó la respiración. Era tan desgarrador, tan inhumano, que no tuvimos el valor de franquearla. Pierre se agarraba tenazmente de mi brazo para no desmayarse. Yo temblaba como si estuviera a punto de caer a un profundo acantilado. Hasta pasados unos segundos desde que sobrevino ese alarido no nos atrevimos a entrar. Percibí un aroma repulsivo, similar al de una de las vasijas del laboratorio.

Abrí la puerta y encendí la luz. Pierre, al ver lo que yo mismo vi, cayó al suelo, desmayado, como un muñeco de trapo. El horro impidió que me ocupase de él. La cara de la condesa aparecía desgarrada hasta resultar irreconocible por lo que parecían los zarpazos de una fiera. Volví asqueado la cabeza y sentí que se me revolvían las entrañas. El horro brillaba en los ojos del cadáver como en dos perlas del infierno. Tuve el convencimiento de que fue ese mismo horror, y no los zarpazos, lo que le produjo la muerte.

Reanimé a Pierre como pude y ambos escapamos de aquel cuarto de pesadilla. Había perdido el habla. Tuve que zarandearlo con energía para que me dijera

dónde estaba el dormitorio de Cécille.
–¡Allí, al fondo, el último de la derecha!
A través de la puerta entreabierta volví a respirar el repulsivo aroma. La cama estaba deshecha, todavía caliente, y el cuarto vacío.
Escudriñamos hasta el último rincón del castillo sin que Cécille apareciera por parte alguna. El pobre Pierre me seguía a todas partes con la mansedumbre de un perro. Sus ojos delirantes, sus palabras incomprensibles, me indicaban que estaba perdiendo la razón.
Dedicamos casi todo el día a nuestra infructuosa búsqueda. Una y otra vez recorríamos los mismos pasillos, las mismas habitaciones, como si fuera posible alcanzar algún fruto en aquella estéril repetición. Pese a lo cual, poco antes de la siete de la tarde bajé a la cripta del jardín dispuesto a realizar la experiencia psicofónica que me había propuesto. Inútil es decir el gran esfuerzo de voluntad que hube de llevar a cabo para vencer el terror y la repugnancia, habida cuenta de los terribles acontecimientos que estaba viviendo.
El magnetófono no reproducía, al principio, otra vibración que su propio ruido de fondo. Yo había creído percibir, sin embargo, un repulsivo «sonido» en el interior de mi cabeza: la E y la I repetidas veces angustiosamente por alguna entidad que se encontrase en una esfera ajena al tiempo, en un espacio de lóbrega y desesperanzada soledad. Y cuando, finalmente, el magnetófono reprodujo aquella terrible psicofonía, descubrí cuál era el significado de aquellas dos vocales:
–«¡Cécille, Cécille...!»
Anegado por el espanto, descubrí en esa voz metálica y distorsionada la misma voz de Antonie de la Foucade. Luego siguió el silencio después escuché otra voz para mí mucho más querida. La voz de aquella cuyo amor me había llevado hasta la maldición del castillo y a quién no pude ver:
–«¡Padre...! ¡Padre mío!»
Temblé de arriba a abajo sobre la frialdad de aquella tumba. Un presentimiento ominoso me atravesó las sienes como un rayo. Sin gran esfuerzo descorrí la losa. Su profunda oscuridad fue en parte desvelada por la luz de mi linterna. Allí se encontraba, dulcemente abrazada al cadáver de su padre, el cuerpo sin vida de Cécille.